



Jean-Étienne Liotard, pastelista franco-suizo

Escenas domésticas y retratos encantadores



"El desayuno de la familia Lavergne" (1752), óleo sobre tela.
National Gallery, Londres.



"L'écriture" (1752), Kunsthistorisches Museum, pastel sobre papel. Viena.

Emergiendo, desde una combinación de matices apastelados, se presentan netos, hoy como ayer, desayunos y escribanías del siglo XVIII pertenecientes al acervo cultural de Jean-Étienne Liotard. Puede comprenderse mejor sus escenas domésticas, si se toma nota de su personal gusto artístico y de su origen familiar. En efecto, Liotard buscó la verosimilitud y precisión naturalista que se halla en la pintura de interiores holandesa del siglo XVII, que admiró y coleccionó. A esa fórmula agregó la sensualidad del rococó francés, de tonos ameren-gados y sedosos, y el interés por la elegancia y la moda, característico del alma francesa en el Siglo de las Luces. Y es que, habiendo nacido en Ginebra, Sui-

za, descendía de una familia de hugonotes franceses refugiados en ese país, lo que explica sus viajes a Lyon, donde en 1754 trabajó al pastel *El desayuno de la familia Lavergne* (comprado en 1755 por Lord Duncannon, el mecenas más importante de Liotard), y cuya versión al óleo presentamos acá, realizada 20 años después en Londres y actualmente en exhibición en la National Gallery.

Bajo la luz matutina, la sobrina de Liotard, con su vestido "a la francesa", ha servido chocolate -por aquel entonces, bebida exótica de élites- y leche a una niña que luce una cabellera gris empolvada y sus rizos envueltos en papel. Destaca el brillo de la luz sobre la chocolatera de plata con mango de peral torneado y

las piezas de porcelana al estilo japonés *Imari* (probablemente copias de la fábrica de Chantilly).

En la época en que Madame de Pompadour brindaba su apoyo a los enciclopedistas franceses, las actividades intelectuales, como leer y escribir, eran de las más importantes tanto para hombres como mujeres, lo que impulsó el diseño de nuevos muebles. En la *L'écriture*, Liotard hace eco de estas aficiones, bañando con luz natural los distintos objetos del escritorio, como el tintero, la barra de lacre para el sello de cartas y la campana, a la vez que establece un contrapunto de luz cálida de vela, contenida tras la mano del niño, quien mira con suspicacia el cuadernillo. En este tipo de



"La bella chocolatera" (1745), pastel sobre pergamino. Gemäldegalerie Alte Meister, Dresde.

escenas cotidianas y pulcras, se ha verificado un punto de coincidencia con las pinturas de género de Jean Baptiste Siméon Chardin, pintor del rococó francés, a quien se sabe Liotard conoció.

Otro buen ejemplo, en esta línea de sencillos y sublimes pasajes de la vida doméstica, corresponde al pastel sobre pergamino *La bella chocolatera*, realizado mientras Liotard permaneció en Viena, probablemente su obra más famosa. En ella demostró su genialidad en el manejo de los "crayones", dando la justa textura y rugosidad a las distintas telas del vestido y la cofia, y creando la ilusión de realidad no solo de un vaso de agua, sino de la presencia misma de la retratada, quien proyecta su sombra leve sobre la pared.

Sin embargo, es en el género del retrato donde este eximio pastelista del rococó (que conocía la obra de Rosalba Carriera y de Maurice Quentin de La Tour) alcanzó la cima de popularidad a lo largo del continente europeo. De vocación cosmopo-



"Jorge III" (1754), pastel sobre pergamino. Royal Collection, Reino Unido.

lita, viajó a Roma y retrató al papa Clemente XII, luego se radicó cuatro años en Estambul, donde pintó las costumbres y adoptó el atuendo típico, lo que le valió el apodo de "pintor turco". Posteriormente tuvo una estancia prolongada en Viena al servicio de la casa real austríaca (inmortalizando a la emperatriz María Teresa), y con cierta habitualidad circulaba por Francia y Londres, lugares donde retrató a Luis XV y su hija María Adelaida, y a los príncipes de Gales. Un dato revelador sobre su alta cotización es que, a mediados del siglo XVIII en Londres, una cabeza al pastel de Liotard costaba más que un retrato de cuerpo entero al óleo realizado por Joshua Reynolds.

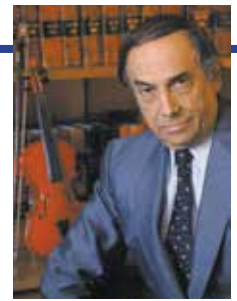
Liotard consigue la presencia anímica del futuro rey de Gran Bretaña e Irlanda, en *Jorge III*. Con peluca empolvada y mirada llana, este joven príncipe desconoce que durante su reinado se perderían las colonias americanas y que padecería desequilibrios psiquiátricos. Formado en el arte de la miniatura, Jean-Étienne exhibe la trama del brocado plata del abrigo, así como las tonalidades de la piel iluminada.



"Retrato de Maria Frederike van Reede-Athlone a los siete años" (1755-56), pastel sobre vitela. Museo J. Paul Getty, Los Angeles, California.

Durante el siglo XVIII se produjo el salto cualitativo definitivo hacia la consideración del individuo y su carácter, incluidos los niños. En el aspecto físico, la belleza se daba en parte por la suavidad de los rasgos, la piel blanca y las mejillas rosadas (signo de salud), pero también empieza a valorarse "el atractivo" (término que en esa época fue incorporado al vocabulario español) y atributos tradicionales del rococó, como la gracia y el encanto, todo lo cual podemos ver reflejado en el *Retrato de María Frederike van Reede-Athlone* a los siete años, ejecutado por Liotard en Holanda. Esta niña, hija de la baronesa van Reede, aparece con capa de terciopelo con bordes de armiño, en un sofisticado azul. Su mascota no se queda en elegancia y luce un vistoso broche.

Quién mejor para definir su estilo que el propio Liotard. En 1781, en su *Tratado sobre los principios y normas de la pintura*, lo hace con las siguientes palabras: "el dibujo debe ser limpio sin ser seco; firme, sin ser rígido ni duro; fluido sin ser fofo; delicado y sincero sin ser amanerado".



La inteligencia artificial y el arte

A quienes hemos destinado largos años de ejercicio profesional, compartiéndolos con aficiones musicales e históricas, no deja de preocuparnos el porvenir de la humanidad ante la súbita irrupción de la denominada Inteligencia Artificial (IA) en las diferentes actividades de los seres que viven en nuestro planeta.

Al respecto, es dable señalar que, según ya es conocido, dicha inteligencia consiste en lo muy esencial en que por su intermedio se busca crear maquinarias *ad hoc*, léase ordenadores, robots y ciertos algoritmos que tengan las mismas capacidades que las de los seres humanos, esto es, que piensen y actúen racionalmente, incluso mejor que ellos mismos.

Todo lo anterior, *prima facie*, parecería en el pasado algo de ciencia ficción, pero hace ya mucho tiempo que ello dejó de serlo, por haberse convertido en una impresionante realidad en diversos países de nuestro mundo, principalmente en Europa y Estados Unidos, en los cuales se están dictando adecuadas legislaciones para su correcta aplicación, evitando en esta forma toda clase de abusos, prácticas delictuales y bélicas.

En consecuencia, la IA representa, por una parte, grandes posibilidades de poder solucionar numerosos padecimientos que afectan a los seres hu-



manos, como diversas enfermedades, el hambre, la cesantía y la consiguiente pobreza, entre otros. Lo anterior, no obstante existir siempre el riesgo de provocar por su deficiente aplicación el efecto contrario; esto es, la desocupación, con sus nocivas consecuencias, todo lo cual deberá ser evaluado y regulado en su oportunidad por las pertinentes autoridades del caso.

Así entonces, y teniendo presente que la IA se está aplicando en la actualidad a muchas de las ramas del saber humano, científicas, tecnológicas, económicas, legales y sociales, entre tantas otras, es posible ver también su uso en las actividades culturales y artísticas, en cuyo campo podemos esperar que nazcan obras similares a las de los grandes genios del pasado.

En este sentido surgen las necesarias interrogantes del caso, las que podríamos resumir en las siguientes posibili-

dades: en materia científica nos preguntamos si podríamos llegar a contar con eminencias tales como Einstein, Newton, Galilei o Darwin.

A su vez, es dable dudar si la Inteligencia Artificial podría crear obras similares a las de Leonardo da Vinci o Johann Wolfgang Goethe, tal vez las dos figuras más completas del saber humano, o en su caso las de los filósofos Platón, Aristóteles o Sócrates, o las de otros

grandes escritores como Shakespeare, Cervantes y Dickens, y emular las pinturas de El Greco, Goya y Picasso.

Sin embargo, en cuanto se refiere a la música selecta no podemos concebir que mediante la aplicación de la IA pudiera siquiera acercarse al nivel de algunos de los máximos e irrepetibles genios, tales como Johann Sebastian Bach, Wolfgang Amadeus Mozart, Ludwig van Beethoven o Richard Wagner, sin constituir un plagio o una simple imitación sin valor musical alguno.

En suma, en nuestro sentir y sin perjuicio de existir otras razones, creemos que la Inteligencia Artificial podría ser un buen aporte para la humanidad solo en la medida que su aplicación no implique afectar los derechos de las personas, se encuentre regulada legalmente, no constituya simples imitaciones o plagios y, finalmente, que esta no sea utilizada con propósitos delictivos o bélicos. 🚫



Días Perfectos La vida en modo simple

La película *Días perfectos* es más japonesa que el *sushi*, *pac man* y el sumo juntos. Tanto así que fue elegida para representar al país nipón en los premios Oscar 2024 categoría mejor película extranjera, con actores locales y hablada en japonés. El título viene de la canción casi homónima de Lou Reed *Perfect day*, que es parte de su banda sonora junto con otros grandes temas de Patti Smith, Otis Reading, The Rolling Stones, Van Morrison y The Velvet Underground.

Es una coproducción japonesa-alemana, dirigida por Wim Wenders, quien dentro de su filmografía cuenta con grandes clásicos-con-olor-a-Cine-Arte-Normandie de fines del siglo pasado: *Paris, Texas* (1984), *Alas del deseo* (1987) y *Tan lejos, tan cerca* (1993). Inicialmente se trataría de un documental para promocionar el proyecto de baños públicos *The Tokyo Toilet* (ver www.tokyotoilet.jp), pero terminó siendo película, filmada en tan solo 17 días, cámara en mano y en el antiguo formato 4:3, que aporta sensibilidad en los colores. Una oda al mundo analógico, desde el formato de su concepción y las referencias posteriores con su protagonista escuchando música en *cassettes*, usando una cámara de fotos y leyendo todas las noches un libro físico. La película nos presenta un lúcido paneo de Tokio, su vida y su gente. Luego de una corrida en salas de cine, hoy está disponible en plataformas de *streaming*.

El protagonista de la historia es Hirayama, encarnado por el popular actor japonés Koji Yakusho (1956), quien por



su interpretación ganó la Palma de Oro al mejor actor en el Festival de Cannes 2023, merced a un papel con muy pocas líneas en su guion, casi completamente silencioso.

Hirayama es un hombre solitario cercano a la tercera edad, quien lleva una vida austera, básica, rutinaria y a la vez sensible y honesta, quien vive en un antiguo departamento con decoración minimalista. Vemos cómo se despierta en las mañanas a la luz del amanecer, se lava los dientes, riega sus plantas, se viste y luego maneja su vehículo al trabajo bajo el ritmo de clásicos que toca de su colección de *cassettes*. Limpia con cariño, esmero y dedicación artística alguno de los 17 modernos baños públicos ubicados en el distrito de Shibuya en Tokyo*, diseñados por destacados creadores (nota especial para el baño que es completamente transparente hasta que alguien entra y cierra el cerrojo). En su horario de almuerzo saca fotografías de árboles y en el cierre de su jornada se baña y come en su lugar favorito, para luego cerrar el día en su hogar. A lo más lo veremos interactuar

con su joven compañero de trabajo (Tokio Emoto) y su sobrina Niko (Arisa Nakano), quien lo visita por unos días inesperadamente.

Wenders nos hace partícipes de una experiencia inmersiva en el día a día de Hirayama, nos enseña el lugar que ocupa en el mundo y la vida que con silencioso gusto ha elegido vivir. Simple, cotidiana, desapegada de lo material, casi desapercibida.

Se dice que la película pudo llamarse *Komorebi*, palabra en japonés que podría traducirse como luz que se filtra por el follaje de los árboles. A lo largo de la película apreciaremos oníricas secuencias de imágenes con el juego de luces y sombras en pequeños fragmentos en blanco y negro que evocan el señalado concepto. Estas escenas experimentales estuvieron a cargo de Donata Wenders (1965), cinematógrafa y mujer del director.

Esta podría haber sido otra película más contando la historia de algún esforzado trabajador héroe-anónimo en un sufrido oficio de poca monta. Sin embargo, donde un simple baño público termina siendo locación principal de la historia, con un protagonista de un mundo interior profundo, todo en el marco de una cultura milenaria de la que tanto nos serviría aprender, hay una joyita que invita al espectador a reflexionar acerca de la propia realización profesional, el éxito y la felicidad personal y cómo vivir la vida con sentido. 🍷